

## LIBRO QUINTO

### HELIÓPOLIS

Estado del Egipto después de la partida del primer cónsul. - Pesar profundo del ejército; su deseo de volver á Francia. - Kléber excita aquel sentimiento en vez de reprimirle. - Informe que da sobre el estado de la colonia. - Este informe destinado al Directorio llega á manos del primer cónsul. - Falsedades en él contenidas. - Grandes recursos de la colonia y facilidad de conservarla para la Francia. - Kléber, impulsado por el mismo sentimiento que fomentó, se ve precisado á tratar con los turcos y con los ingleses. - Culpable convenio de El-Arisch estipulando la evacuación del Egipto. - Los ingleses rehusan cumplir el convenio y pretenden que el ejército francés deponga las armas. - Noble indignación de Kléber. - Rotura del armisticio y batalla de Heliópolis. - Dispersión de los turcos. - Kléber los persigue hasta la frontera de la Siria. - Toma del campo del visir. - Distribución del ejército en el bajo Egipto. - Regreso de Kléber al Cairo para reducir á esta ciudad insurreccionada á sus espaldas. - Hábil retardación de Kléber. - Después de reunidos sus medios de guerra ataca al Cairo y lo vuelve á tomar. - Sumisión general. - Alianza con Murad-Bey. - Kléber, que creía no poder conservar el Egipto sometido, lo reconquista en treinta y cinco días contra las fuerzas de los turcos y de los egipcios insurreccionados. - Gloriosa reparación de sus yerros. - Sensación de las poblaciones musulmanas al saber que el Egipto ha caído en manos de los infieles. - Un fanático sale de la Palestina para el Cairo con objeto de asesinar á Kléber. - Funesta muerte de éste y consecuencias que produce en la colonia. - Tranquilidad presente. - Kléber y Desaix sucumbieron en el mismo día. - Carácter y vida de estos dos guerreros.

En agosto de 1799, decidido el general Bonaparte con las noticias que de Europa recibía á dejar súbitamente el Egipto, mandó al almirante Ganteaume sacar del puerto de Alejandría las dos fragatas la *Muiron* y la *Carrere*, únicos buques que le quedaban desde la destrucción de la escuadra, y fondear en la pequeña rada del Marabout, á dos leguas al Oeste de Alejandría, donde intentaba hacerse á la vela. Iba acompañado de los generales Berthier, Lannes, Murat, Andreossy y Marmont, y de los dos sabios de la expedición á quienes más estimaba, Monge y Berthollet. El 22 de agosto (5 fructidor del año VII) se trasladó á Marabout y se embarcó precipitadamente, temeroso de ver asomar de un momento á otro la escuadra inglesa. Los caballos en que hicieron el tránsito, abandonados en la playa, huieron á galope á Alejandría; la vista de aquellos animales ensillados y sin jinetes produjo una especie de alarma; creyóse que hubiera sucedido algún contratiempo á los oficiales de la guarnición, y se mandó salir del campo atrincherado un destacamento de caballería. Pero un lancero turco que había presenciado el embarco explicó la causa de aquello, y Menou, que era el único iniciado en el secreto, anunció en Alejandría la partida del general Bonaparte y el nombramiento que había hecho de Kléber para substituirle en el mando. Había sido citado éste para hallarse en Roseta el 23 de agosto; pero al general Bonaparte le urgía la partida, y se embarcó sin esperarle. Por otra parte, al confiar á Kléber la pesada carga del mando aprovechaba con gusto la ocasión de dejarle una orden absoluta que no admitía contestación ni repulsa.

Aquella nueva produjo en el ejército una dolorosa sorpresa. Al pronto nadie quería creerla; el general Dugua, que mandaba en Roseta, hizo que se desmintiera, porque él mismo la creía falsa y porque temía además

el mal efecto que podía ocasionar. Pero muy pronto desapareció toda duda, y Kléber fué proclamado oficialmente sucesor del general Bonaparte. Conternados quedaron oficiales y soldados; preciso había sido todo el ascendiente que sobre ellos ejercía el vencedor de Italia para arrastrarlos en su seguimiento por aquellas remotas y desconocidas regiones; todo aquel ascendiente era necesario para hacerlos permanecer en ellas. El amor del país es una pasión que se hace violenta cuando la distancia, la novedad de los lugares y los temores fundados sobre la posibilidad del regreso la irritan y le dan nuevo pábulo; esta pasión se manifestaba en el Egipto frecuentemente, unas veces con murmuraciones y quejas, otras con el mismo suicidio. Pero la presencia del general en jefe, su lenguaje, su incesante actividad hacían desvanecer aquellos negros vapores; hallaba sin cesar ocupación para sí mismo y para los demás, cautivaba los ánimos hasta el más alto punto y no permitía que á su lado se manifestasen el tedio y el enojo, que jamás hallaban cabida en su alma, y si se manifestaba los ahuyentaba en breve. Repetían en verdad con sentimiento sus soldados que no volverían á ver la Francia ni á atravesar otra vez el Mediterráneo, especialmente después de destruída la escuadra de Abukir; pero el general Bonaparte estaba con ellos, él podía dirigirlos á todas partes y aun darles una nueva patria, si no conseguía abrirles el camino de su suelo natal. Una vez separado de ellos, todo cambiaba ya de aspecto; por eso la noticia de su partida fué un golpe mortal para aquel ejército. Calificáronla con las más injuriosas palabras; nadie se hacía cargo de aquel ímpetu irresistible de ambición y de patriotismo que le hacía regresar á Francia al saber los desastres de la república; sólo se pensaba en el abandono en que dejaba al desgraciado ejército que le había seguido con una ciega confianza en su ge-

nio. Decían todos que el motivo de aquella desaparición era el haber reconocido por fin lo imprudente de su empresa y la imposibilidad de llevarla á cabo, por lo cual huía ahora abandonando á sus compañeros en un trance que creía imposible superar. Detractores hubo, como los ha habido siempre, y muy cerca de su persona, aun en las épocas más brillantes de su carrera, que encarecieron por todos los medios posibles la crueldad y aun la cobardía de que le suponían culpable por haberse evadido solo, dejando al otro lado de los mares á tantos hombres comprometidos por su descabellado proyecto.

Kléber era desafecto al general Bonaparte, y así es que sufría su ascendiente con impaciencia y disgusto. Aunque se contenía delante de él, no dejaba de desquitarse en su ausencia con dichos malévolos é indecorosos. Era caprichoso y malcontento; había deseado con ardor tomar parte en la expedición de Egipto para salir de la abyección en que le tuvo el Directorio; y ahora ya se quejaba de haber dejado las orillas del Rin por las del Nilo, exhalando su resentimiento con una debilidad indigna de su carácter y posición. Este hombre tan grande en el peligro, solía caer en un completo abandono como pudiera sucederle al último soldado. El mando en jefe no le consolaba de la necesidad de permanecer en Egipto, porque no era afecto á mandar; por lo cual, dejándose llevar de su ciega pasión contra el general Bonaparte, cometió un yerro que podría llamarse criminal si no lo hubiera reparado con actos heroicos, cual fué el contribuir por sí mismo á producir en el ejército un levantamiento que en breve se hizo general. A su ejemplo, todos empezaron á decir que era ya imposible permanecer en Egipto y necesario á toda costa regresar á Francia. Mezcláronse á aquel anhelo de la patria otros sentimientos capaces de alterar el espíritu del ejército y de promover en él más enojosas manifestaciones.

Una antigua rivalidad dividía á la sazón, y los siguió dividiendo por mucho tiempo aún, á los oficiales procedentes de los ejércitos del Rin y de Italia. Andaban unos y otros en continuos piques, y tenían la pretensión de hacer la guerra cada cual de diverso modo y mejor; y aun cuando á semejante rivalidad sirviese de freno la presencia del general Bonaparte, siempre era en el fondo la causa principal de la discordancia de sus pareceres. Todos los que procedían de los ejércitos del Rin mostraban poca afición á la expedición de Egipto; y por el contrario, los oficiales que habían pertenecido al ejército de Italia, aunque pesarosos de verse tan lejos de Francia, eran favorables á ella sólo por ser obra de su general en jefe. Después de la partida de éste desapareció toda reserva y decoro, rodearon tumultuosamente á Kléber los de su bando, y repitieron con él en alta voz lo que ya de antemano comenzaban á pensar todos; á saber: que la conquista del Egipto era una empresa insensata á que era menester renunciar cuanto antes. Esta opinión encontró sin embargo opositores; algunos generales, como Lanusse, Menou, Davout, y Desaix especialmente, se arriesgaron á manifestar otras ideas. Desde entonces quedaron divididos en dos partidos que se apellidaron el colonista y anticolonista. Desgraciadamente Desaix se hallaba ausente ocupado en acabar la conquista del Egipto superior, donde daba

señalados combates y administraba con gran prudencia y sabiduría. No era, pues, posible contraponer su influencia á la de Kléber, y para mayor desgracia ni aun debía permanecer en Egipto. El general Bonaparte por querer tenerle cerca de su persona había cometido el yerro de no nombrarle general en jefe, y le había dejado orden de regresar á Europa sin tardanza. Desaix, cuyo nombre era universalmente querido y respetado en el ejército, cuyos talentos administrativos igualaban á los militares, hubiera gobernado perfectamente la colonia y hubiera sabido substraerse á todas las debilidades á que Kléber se entregó por un momento al menos. Kléber, sin embargo, era el que gozaba de mayor popularidad entre los soldados. Su nombramiento fué recibido con entera confianza, y los consoló algún tanto de la pérdida del ilustre general que acababa de abandonarlos. Pasada la primera impresión, volvieron los ánimos, aunque sin sosegarlos enteramente, á recobrar un poco de calma y á pensar con más justicia. Las conversaciones tomaron otro giro; díjose que al fin y al cabo el general Bonaparte había obrado bien en acudir al socorro de Francia que estaba en peligro, y que por otra parte, hallándose ya el ejército establecido en Egipto, lo mejor que podía haber hecho por él era pasar á París para exponer allí con eficacia su situación y sus necesidades, y reclamar auxilios que él solo podía recabar de la negligencia del gobierno.

Volvió Kléber al Cairo, tomó el mando con cierto aparato y fué á habitar la hermosa casa árabe de la plaza de Ezbekyeh que había ocupado su antecesor. Desplegó bastante fausto, menos con objeto de dar satisfacción á sus gustos que con el de hacerse respetar por los orientales, y quiso que su autoridad se hiciese sentir con todo vigor (1). Pero muy en breve los cuidados del mando que no estaba acostumbrado á soportar, los nuevos peligros con que los turcos y los ingleses amenazaban al Egipto, el pesar de la expatriación que era ya general, infundieron en su alma el más sombrío desaliento. Después de haberse enterado del estado de la colonia, envió al Directorio una comunicación llena de falsedades, acompañándola de un informe del administrador de la hacienda, Poussielgue, en el cual se presentaban las cosas bajo el más falso aspecto, y sobre todo el más acusador para el general Bonaparte.

En aquella comunicación y en aquel informe, fechado en 26 de septiembre (4 vendimiario del año VIII), el general Kléber y el administrador Poussielgue decían: que el ejército, disminuído ya en una mitad, se hallaba en aquel momento reducido á unos quince mil hombres; que estaba casi desnudo, cosa muy peligrosa en aquellos climas por la gran diversidad de temperatura del día y de la noche; que carecía de cañones, de fusiles, de municiones y de pólvora, objetos difíciles de reemplazar por no haber en Egipto ni hierro colado, ni plomo, ni maderas de construcción, ni las materias ne-

(1) Kléber, el Marte francés, como le llamarían en su tiempo, era amante del fausto y de la representación, y exigió que los habitantes del país le tributasen los mismos honores que tributaban á los bajás. Siempre que había de presentarse en público hacía que le precediesen dos filas de kahuas ó bastoneros que sacudiendo el suelo con una especie de bastones de enorme dimensión iban diciendo en voz alta: «He aquí al sultán que manda en jefe. ¡Musulmanes, prosternaos!» (N. del T.)

cesarias para la fabricación de la pólvora; que en la hacienda había un déficit considerable, pues se debían á los soldados cuatro millones de su prest y de siete á ocho millones á los proveedores del ejército por sus diversos suministros; que el recurso de imponer contribuciones estaba ya agotado, dispuesto el país á insurrecciones si se le gravaba con nuevos impuestos; que no siendo aquel año la inundación abundante, y por consiguiente presentándose escasa la cosecha, no podían los egipcios tener voluntad ni medios de satisfacer sus contribuciones; que amenazaban á la colonia toda clase de peligros; que los dos antiguos caudillos de los mamelucos, Murad-Bey é Ibrahim-Bey, continuaban sosteniéndose con muchos miles de caballos, el uno en el Egipto superior y el otro en el inferior; que el célebre Djeddar, bajá de Acre, iba á enviar al ejército turco un refuerzo de treinta mil soldados excelentes, antiguos defensores de San Juan de Acre, contra los franceses; que el mismo gran visir, dejando á Constantinopla, había llegado ya á las cercanías de Damasco con un poderoso ejército; que los rusos y los ingleses iban á juntar una fuerza disciplinada á las tropas regulares de los turcos; que en semejante apuro no quedaba más recurso que entrar en tratos con la Puerta; y que habiendo dado el general Bonaparte su ejemplo y autorización expresa para hacerlo así en las instrucciones que había dejado á su sucesor, iba á tratar de estipularse con el gran visir una especie de dominio mixto, por el cual ocuparía la Puerta la campiña de Egipto, percibiendo el *miri* ó contribución territorial, y la Francia ocuparía las plazas y los fuertes y percibiría las rentas de las aduanas. Añadía Kléber que el general en jefe podía muy bien haber visto acercarse aquella crisis, y que sin duda no era otra la causa de su repentina partida. Mr. Poussielgue terminaba su informe con una calumnia; decía que el general Bonaparte se había llevado dos millones de francos al abandonar el Egipto. Para completar este cuadro conviene añadir que Mr. Poussielgue había sido colmado de beneficios por Bonaparte.

Tales fueron las comunicaciones que enviaron al Directorio Kléber y Poussielgue. Tratábase en ellas al general Bonaparte como á un hombre á quien se suponía perdido, sin la menor consideración ni miramiento. Considerábanle, en efecto, expuesto al doble peligro de que le apresaran los ingleses, ó de que le castigase severamente el Directorio por haber abandonado su ejército. ¿Cuál no hubiera sido el bochorno de los que tales documentos escribían, si hubieran sabido que había de abrirlos y leerlos el mismo hombre que era objeto de sus calumnias, convertido ahora en jefe absoluto del gobierno?

Kléber, demasiado indolente para cerciorarse por sí mismo del verdadero estado de las cosas, no curándose siquiera de examinar si los estados que enviaba eran conformes con sus propios asertos, no creía mentir, y transmitía por incuria y mal humor los dichos que las pasiones traían continuamente á sus oídos, hasta el punto de atribuirles el carácter de públicos y notorios. Encomendáronse aquellos despachos á un primo del director Barras, y fueron acompañados de una multitud de cartas en que los oficiales del ejército exhalaban las quejas de una desesperación tan injusta cuanto impru-

dente. Fué aprehendido aquel individuo por los ingleses, y aunque arrojó precipitadamente á la mar el paquete de los pliegos de que era portador, quedó éste á flor de agua, y habiéndole visto aquéllos, le recogieron y enviaron al gabinete británico. Pronto referiremos los resultados de estas fatales comunicaciones, que después de apoderarse de ellas, publicó la Gran Bretaña por toda Europa.

Sin embargo, Kléber y Poussielgue habían dirigido sus despachos á París por dos conductos. Las comunicaciones duplicadas enviadas por distinta vía llegaron á Francia y fueron entregadas al primer cónsul.

Los mismos acontecimientos nos darán á conocer en breve de una manera positiva si había algo de verdad en el cuadro que trazaron las imaginaciones alucinadas de aquellos dos hombres; pero, entretanto, bueno será rectificar los falsos asertos que acaban de leerse.

Según Kléber, el ejército estaba reducido á quince mil hombres; sin embargo, en los estados remitidos al Directorio constaban veintiocho mil quinientos. Cuando volvió dicho ejército á Francia, dos años después, aún contaba en sus filas veintidós mil soldados después de haber dado en aquel intervalo muchas batallas campales é innumerables combates. En 1798 salieron de Francia en diversos convoyes treinta y cuatro mil hombres, de los cuales, habiendo quedado cuatro mil en Malta, debieron treinta mil quedar en Alejandría. Más adelante se reforzó nuevamente el ejército con tres mil marinos, restos de la escuadra destruída en Abukir, y volvió á ascender su fuerza á treinta y tres mil hombres. Desde 1798 á 1799 había perdido de cuatro á cinco mil soldados; por consiguiente en 1800 debía constar de unos veintiocho mil, de los cuales veintidós mil por lo menos podían entrar en batalla.

Es el Egipto un país saludable en que las heridas sanan con rapidez extraordinaria, y aquel año eran pocos los enfermos y no había peste. Estaba el país lleno de cristianos, griegos, sirios y cophtos, que deseaban alistarse en nuestras filas y que podían suministrar quince ó veinte mil reclutas excelentes. Los negros de Darfour, comprados y emancipados, proporcionaron á una sola de nuestras medias brigadas hasta quinientos soldados aptos para la guerra. El Egipto por otra parte estaba sojuzgado; los campesinos que le cultivan, acostumbrados á obedecer á toda clase de señores, jamás pensaban en resistirse con las armas. A excepción de algunos motines en las ciudades, sólo eran de temer los turcos indisciplinados que venían de lejanas tierras ó los ingleses mercenarios traídos en algún buque con gran trabajo. El ejército francés era más que suficiente contra tales enemigos dirigiéndole con juicio, aunque faltase el genio.

Decía Kléber en su comunicación que el soldado estaba desnudo, cuando el general Bonaparte había dejado géneros para hacerle un vestuario, y en efecto estaba enteramente uniformado de nuevo un mes después de enviar sus despachos. En todo caso no faltaban en el Egipto telas de algodón, tanto que surtía de ellas á toda el Africa, ni hubiera sido difícil proporcionarse dichas telas, ya comprándolas ó ya exigiéndolas en pago de las contribuciones. En cuanto á los víveres, el Egipto es el granero de los países que carecen de cereales. El trigo, el arroz, la vaca, el carnero, las aves, el azúcar

y el café tenían allí á la sazón un precio diez veces menor que en Europa. Era tal la baratura, que el ejército, aunque escasease en recursos pecuniarios, podía pagar cuanto consumía y conducirse en Africa con algo más de miramiento que se conducían en Europa los ejércitos cristianos, que sabido es que viven sobre el país conquistado sin pagar nada. Decía Kléber que le faltaban armas, cuando tenía un repuesto de once mil sables, quince mil fusiles, mil cuatrocientas ó mil quinientas piezas, de las cuales ciento ochenta estaban en campaña. Alejandría, que suponía hallarse desprovista de cañones desde el asedio de San Juan de Acre, tenía en batería más de trescientas piezas. En cuanto á las municiones, quedaban tres millones de cartuchos para la infantería, veintisiete mil para cañón ya fabricados y materiales para fabricar más, pues había en los almacenes doscientos mil proyectiles y once mil quintales de pólvora. Los sucesos posteriores demostraron la verdad de estos datos, pues el ejército continuó batiéndose por espacio de dos años y dejó á los ingleses provisiones considerables. ¿Qué se había hecho, en efecto, en tan poco tiempo el material inmenso cuidadosamente acumulado por el general Bonaparte en la escuadra que transportó su ejército al Egipto?

Con respecto á la hacienda era igualmente falso el informe de Kléber. Los sueldos se pagaban corrientemente. Verdad es que aún no había nada fijo sobre el sistema que convendría adoptar para mantener al ejército sin causar vejaciones al país; pero había recursos, y con sólo conservar los impuestos ya establecidos, se podía vivir con abundancia y desahogo. Sobre los impuestos del año debíase lo suficiente para ocurrir á todos los gastos corrientes, es decir, más de diez y seis millones de francos; no había, pues, que incitar á la insurrección á los pueblos exigiéndoles nuevas contribuciones. Los estados de hacienda presentados más adelante probaban que el Egipto podía suministrar cómodamente veinticinco millones anuales, pagando menos de la mitad de lo que requisaban en su sueldo con toda especie de violencia los numerosos tiranos que le oprimían bajo el nombre de mamelucos. Calculando por el precio que en aquel entonces alcanzaban los géneros en Egipto, el ejército podía vivir bastante bien con diez y ocho ó veinte millones. En cuanto á las arcas, tan considerado anduvo el general Bonaparte, que al partir ni siquiera cobró su sueldo entero.

Por lo tocante á los peligros cercanos que amagaban á la colonia, he aquí también lo que había de positivo. Murad-Bey, desalentado, recorría el alto Egipto con unos cuantos mamelucos; Ibrahim-Bey, que bajo el gobierno de éstos compartía con él la soberanía, se hallaba á la sazón en el bajo Egipto hacia las fronteras de la Siria. Lejos de tener miles de jinetes, no tenía ni cuatrocientos. Djeddar-Bajá estaba encerrado en San Juan de Acre; lejos de disponer un refuerzo de treinta mil hombres para el ejército del visir, veía por el contrario con mucho disgusto la aproximación de un nuevo ejército turco, especialmente ahora que su bajalato estaba libre de franceses. En cuanto al gran visir, no había atravesado el monte Tauro. Los ingleses tenían sus tropas en Mahón y trataban en aquel momento de emplearlas en la Toscana, en Nápoles y en el litoral de Francia. La expedición rusa era pura fábula; los rusos no habían

pensado jamás en hacer una travesía tan larga para ir á socorrer á la política inglesa en el Oriente.

No estaban los habitantes tan dispuestos á un levantamiento como se quería suponer. Tratando bien á los jeques, que son los sacerdotes y los juristas de los árabes, conforme dejó encargado el general Bonaparte, no podían éstos tardar en aficionársenos y ya empezábamos á tener cierto partido entre ellos. Teníamos por adictos los cophtos, griegos y sirios, que como cristianos se conducían con nosotros á fuer de amigos y agentes útiles; por lo tanto, ningún peligro nos amenazaba por este lado. Ninguna duda hay de que si los franceses llegaban á sufrir algún revés, los egipcios, con la movilidad propia de todos los pueblos conquistados, harían lo mismo que hicieron los italianos, uniéndose al último vencedor contra el que lo había sido la víspera; sin embargo, bien conocían la diferencia entre la dominación de los mamelucos, que continuamente los amenazaban con las armas y los agobiaban con sus esquilmos, y la de los franceses, que respetaban sus propiedades y rara vez hacían rodar sus cabezas.

Había, pues, cedido Kléber á peligrosas exageraciones, triste producto del odio, del cansancio y del destierro. Contrastaba con él el general Menou, que lo veía todo con los más risueños colores, creía á los franceses invencibles en Egipto, y consideraba su expedición como el anuncio de una revolución cercana de mucha importancia para el comercio del mundo. No es fácil que en los juicios de esta especie logren los hombres despojarse enteramente de sus impresiones personales. Kléber y Menou eran hombres de bien, y ambos procedían con buena fe; pero el uno quería marcharse y el otro quería permanecer en Egipto: de los estados más claros y más auténticos sacaban ellos las consecuencias más opuestas; veía el uno en aquellos datos la ruina y la miseria, el otro la abundancia y el triunfo.

Cualquiera que fuese, por otra parte, la situación, Kléber y su partido incurían en una grave culpa al tratar de un desamparo que no tenían derecho de hacer. Verdad es que el general Bonaparte, en sus sabias instrucciones, y examinando todos los casos posibles, había previsto el mismo caso de que el ejército se viera precisado á abandonar el Egipto. «Voy á Francia, había dicho; sea como particular, sea como hombre público, yo lograré que se envíen allí socorros; pero si en la próxima primavera (escribía en agosto de 1799) no hubiesen llegado socorros ni instrucciones; si la peste llegase á destruir más de mil quinientos hombres además de las pérdidas de la guerra; si os vierais fuertemente acosados por un número de enemigos considerable al cual fuerais incapaces de resistir, entrad en negociaciones con el visir; consentid además si fuera preciso en evacuar el territorio, pero siempre con la condición de consultar al gobierno francés, y entretanto continuad ocupándole. De este modo ganaréis tiempo, y es imposible que en el intervalo no recibáis socorros.» Estas disposiciones estaban dictadas por una prudencia suma, pero el caso previsto estaba muy lejos de realizarse. Primeramente hubiera sido preciso hallarse en la primavera de 1800, que además no hubiese llegado en aquella época en Egipto orden ninguna ni socorro de ninguna especie, y además haber perdido con la peste una parte de la fuerza efectiva y verse amagados por fuerzas supe-

riores; y nada de esto sucedía ni llegó á suceder. Era, pues, un acto de verdadera traición toda negociación intentada sin semejantes condiciones. En septiembre de 1799 (vendimiario del año VIII), acabada la conquista y la sumisión del alto Egipto, dejó Desaix dos columnas movilizadas en persecución de Murad-Bey, á quien había brindado con la paz con la condición de reconocerse vasallo de la Francia. Volvió después al Cairo por disposición de Kléber, que quería valerse de su nombre para las malhadadas negociaciones que iba á intentar, y en aquel intervalo el ejército del visir, anunciado de mucho tiempo atrás, fué avanzando lentamente. Sir Sidney Smith, que convoyaba con sus buques á las tropas turcas destinadas á atravesar el mar, acababa de transportar á Damietta un cuerpo de ocho mil genzaros. El 1.º de noviembre de 1799 (10 brumario del año VIII) se efectuó hacia el Bogaz de Damietta un desembarco de cuatro mil genzaros por la entrada del ramal del Nilo que pasa por delante de dicha ciudad. El general Verdier, que tenía en Damietta mil hombres solamente, salió al frente de ellos, se dirigió al otro lado del fuerte de Lesbeh á una lengua de tierra angosta á cuya orilla habían aportado los turcos, y sin dar tiempo de arribar á los cuatro mil genzaros restantes, embistió á los cuatro mil ya desembarcados. Los batió á pesar del fuego de la artillería inglesa, ventajosamente situada sobre una antigua torre; arrojó al mar y pasó á cuchillo á más de tres mil, é hizo á los demás prisioneros. Al ver aquello las chalupas cañoneras volvieron á reunirse con sus buques y no desembarcaron más tropas turcas. La pérdida de los franceses sólo fué de veintidós muertos y cien heridos (1).

Al recibir la primera noticia de aquel desembarco, envió Kléber á Desaix con una columna de tres mil infantes; pero fué inútil, porque cuando llegó á Damietta ya estaba conseguida la victoria y los franceses llenos de júbilo y confianza. Aquel brillante combate hubiera debido estimular y alentar á Kléber; pero por desgracia le dominaba ya, así su tristeza, como la del mismo ejército. Había resuelto ya en su ánimo, en el cual influían ajenas convicciones tanto como en éstas influía la suya propia, la fatal medida de una inmediata evacuación. Volvían á cundir las murmuraciones contra el general Bonaparte; suponían que este joven temerario, que había entregado al ejército francés á los azares, desafiando los mares y los cruceros ingleses para volver á Francia, no podía menos de haber sucumbido en su travesía. Los

(1) Entre los prisioneros de distinción que hizo el francés se hallaba Seid-Alí, teniente del agá ó coronel de los genzaros.

Recompensó Kléber á Verdier por aquella brillante acción con un magnífico sable de honor. También repartió otras armas de la misma clase entre el ayudante general Devaux, el jefe de brigada Darmagnac, el comandante de artillería Ruty y el jefe de escuadrón Guyón.

El bizarro comandante de la 2.ª ligera Desnoyers murió de resultas de aquella acción. Sus soldados entonces se amotinaron y quisieron exigir con amenazas del general Verdier el pago de sus atrasos, mancillando con aquella sedición la gloria que acababan de adquirir en Lesbeh. Este hecho y la mala noticia que recibió Kléber de que las dos escuadras francesa y española, en que fundaban todas sus esperanzas los del ejército de Egipto, habían pasado el estrecho de Gibraltar y vuelto á entrar en el Océano, contribuyeron no poco al desaliento que se apoderó luego de este general en jefe y que le indujo á negociar. (N. del T.)

prudentes generales formados en la escuela del Rhin debían, según ellos, renunciar á sus descabelladas ilusiones y volver á Europa, conduciendo aquellos valientes soldados, tan necesarios para la república ahora que se veía amenazada por todas partes.

Con semejante disposición de ánimo, envió Kléber al visir, que acababa de entrar en la Siria, uno de sus oficiales, haciéndole nuevas proposiciones de paz. Ya antes el general Bonaparte, que se había propuesto enmendarle con los ingleses, había pensado en entablar con el visir negociaciones que por su parte no pasaban de una mera ficción. Sus ofrecimientos fueron recibidos con harta desconfianza y orgullo; pero los de Kléber lograron mejor acogida por el influjo de sir Sidney Smith, que creía llegado el caso de hacer gran papel en los negocios de Egipto.

Este marino inglés había contribuido mucho á malograr el asedio de San Juan de Acre; jactábase de ello, y había imaginado una astucia de guerra, según la llamaban los agentes ingleses, que consistía en aprovechar un momento de debilidad para arrancar á los franceses su preciosa conquista. En efecto, viendo que en todas las cartas interceptadas de nuestros oficiales se manifestaba sin rebozo el ansia que les devoraba por volver á su tierra natal, quería sir Sidney Smith conducir al ejército á negociar, hacerle firmar una capitulación, y antes que el gobierno francés tuviese tiempo de aprobarla ó de desecharla, embarcarle inmediatamente y transportarle acto continuo á la orilla europea. Así fué como dispuso al gran visir á admitir las proposiciones de Kléber. Él, por su parte, lleno de atenciones para con los oficiales franceses, dedicábase á colmarlos de buenos servicios haciendo que llegasen á sus manos las cartas de Europa, pero cuidando siempre de interceptar todas las noticias posteriores al 18 brumario. Kléber, por su parte, acababa de enviar un negociador á sir Sidney Smith, porque quería que los ingleses á fuer de dueños de la mar interviniesen en la negociación, á fin de que el regreso á Francia fuese posible. Sir Sidney, solícito siempre con todas sus insinuaciones, acogió lleno de eficacia aquel mensaje y aquel arreglo, añadiendo por otra parte que en virtud de un tratado de 5 de enero de 1799, que él mismo había negociado, existía entre Rusia, Inglaterra y la Puerta Otomana una triple alianza, por la cual las mencionadas potencias se habían obligado á tratar todos los negocios de mancomún, y que por consiguiente no podía ser válido ni ejecutarse ningún arreglo hecho con la Puerta si los agentes de las tres cortes no daban su consentimiento. Sir Sidney Smith firmaba todas sus comunicaciones con el título de *ministro plenipotenciario de S. M. Británica en la Puerta Otomana, y comandante de su escuadra en los mares de Levante*.

El título que se daba sir Sidney Smith había dejado de pertenecerle desde la llegada de lord Elgin á Constantinopla como embajador, y en aquel momento no tenía en realidad más poderes que los que tiene siempre un jefe militar para firmar convenios de guerra, armisticios, etc.

Kléber, sin proceder con grande escrúpulo y sin saber si trataba con agentes suficientemente autorizados, entró á ciegas en el peligroso camino adonde le arrastraba un sentimiento común á todo el ejército, y donde sólo

habría encontrado ignominia si por fortuna suya no le hubiera dotado el cielo de un alma heroica que sabía reconocerse y corregirse con firmeza así que advertía las consecuencias de sus errores. Entró, pues, en negociaciones, y prometió á sir Sidney Smith, y al visir que se había adelantado ya hasta la ciudad de Gaza en la Siria, nombrar oficiales con plena autorización para tratar. Repugnábale recibir en su campamento á los turcos, y no queriendo por otro lado que sus oficiales se arriesgasen á atravesar el ejército indisciplinado del gran visir, imaginó escoger para punto de las conferencias el navío *Tigre*, que el mismo Sidney mandaba.

Éste, que sólo fondeaba en aquellos mares con dos navíos (lo cual, aunque sea dicho de paso, prueba suficientemente que la Francia podía comunicar con el Egipto), sólo tenía uno de servicio, pues el otro, que era el *Teseo*, se hallaba en Chipre en carena. El estado del mar le obligaba á menudo á alejarse, y las comunicaciones con la tierra no eran ni regulares ni prontas; fué preciso esperar algunos días para recibir su contestación, y llegó por fin ésta con la noticia de que se presentaría sucesivamente delante de Alejandría y de Damietta para recibir á su bordo á los oficiales que había de enviarle Kléber.

Designó éste á Desaix y al administrador Poussielgue, el mismo que tan torpemente había calumniado al general Bonaparte y á quien los egipcios en sus relaciones arábicas califican de *visir del sultán Kléber*. Poussielgue abogaba por la evacuación y Desaix era de parecer contrario; había hecho éste los mayores esfuerzos para resistir al torrente de la pernicioso opinión dominante y para reanimar la bravura de sus compañeros de armas, y sólo se había encargado de la negociación propuesta por Kléber por la esperanza que tenía de demorarla y dar tiempo á que llegasen los auxilios y las instrucciones de Francia. Kléber, para disculparse á los ojos de Desaix, le decía que el general Bonaparte era el primero que había empezado á parlamentar con los turcos, y que por otra parte él mismo había previsto y autorizado de antemano un tratado de evacuación en caso de peligro inminente. Desaix, mal informado, esperaba siempre que el primer buque que aportase de Francia disiparía aquellas dudas y cambiaría quizá las deplorables disposiciones del estado mayor del ejército. Partió, pues, con Mr. Poussielgue; no pudo encontrar á sir Sidney Smith en las costas de Alejandría; le halló en Damietta, y entró á bordo del *Tigre* el 22 de diciembre de 1799 (1.º nivoso del año VIII). En aquel mismo momento acababa de subir en Francia al poder el general Bonaparte.

Sir Sidney Smith, satisfecho de tener á su bordo á un plenipotenciario como Desaix, le recibió del modo más lisonjero y procuró por todos los medios posibles persuadirle á que siguiese el plan de evacuar el Egipto.

Supo Desaix defenderse perfectamente, haciendo valer las condiciones que su jefe le había mandado proponer. Estas condiciones, que el comodoro inglés no podía aceptar, eran muy convenientes para él, que sólo se proponía gastar tiempo, y muy mal calculadas por parte de Kléber, pues su enormidad hacía imposible toda avenencia. Kléber trataba sin duda de que su exigencia sirviese de disculpa á su yerro; así es que pedía, por ejemplo, que el ejército, retirándose con los honores

de la guerra, con armas y bagajes, pudiera trasladarse al punto del continente que fuese de su antojo, con objeto de acudir á la república con su presencia donde pudiera prestar á ésta mayor utilidad. Pedía que la Puerta nos restituyese inmediatamente las islas vecinas, convertidas en propiedad francesa desde el tratado de Campo-Formio, Corfú, Zante, Cefalonia, etc., y ocupadas á la sazón por guarniciones turco-rusas; que aquellas islas, y especialmente la de Malta, de mucha mayor importancia, quedasen para la Francia; que su posesión le fuese garantida por los firmantes del tratado de evacuación; que el ejército francés, al retirarse, pudiera reforzar y abastecer de vituallas á las guarniciones, y finalmente que quedase acto continuo anulado el tratado que unía á la Puerta con Rusia é Inglaterra y disuelta la triple alianza de Oriente.

Preciso es confesar que semejantes condiciones eran muy poco razonables, y no precisamente porque se las considere como un equivalente exagerado de lo que se perdía abandonando el Egipto, sino porque eran irrealizables. Así se lo manifestó Sidney á Kléber; no era posible que dos meros oficiales, al tratar de una simple suspensión de armas, comprendiesen en ella objetos de tanta importancia en sus negociaciones. Zante, Cefalonia y Corfú estaban ocupadas por tropas turcas y rusas, y por consiguiente había que acudir, no sólo á Constantinopla, mas también á San Petersburgo. Malta era feudo del rey de Nápoles, y no podía disponerse de ella sin el consentimiento de aquel príncipe que había rehusado constantemente cederla á la Francia. Hacer desembarcar en tal situación tropas francesas en la isla, era, por decirlo así, resolver la cuestión á viva fuerza, porque no podían menos de encontrarse en ella buques cruceros ó guarniciones de todas las potencias coligadas, que seguramente no se retirarían por una orden de sir Sidney Smith ó del gran visir. Por otra parte la Inglaterra no pasaría jamás por una condición que asegurase á la Francia la isla de Malta. Invadir con el ejército francés un punto del continente donde su inesperada aparición pudiese alterar los acontecimientos de la guerra, era un atrevimiento á que un mero comodoro comandante de un apostadero naval no podía propiarse. Por último, anular el tratado de la triple alianza era pretender que sir Sidney Smith por sí solo rompiese un tratado ratificado por tres grandes potencias y que había adquirido grande importancia en el Oriente. Suponiendo que aceptasen todas aquellas especulaciones los gabinetes cuyo consentimiento era necesario, había que enviar agentes á Nápoles, á Londres, á San Petersburgo y á Constantinopla; desde entonces ya no era aquel un convenio militar de evacuación, como el que se firmó en Marengo para ponerlo en ejecución al punto. Si se remitía á Londres, era indispensable remitirlo también á París, que era cabalmente lo que Kléber no quería. Todo evidentemente salía de los términos de una capitulación militar.

Sir Sidney Smith convenció fácilmente con estas razones á los negociadores franceses, pero urgía dejar arreglados sobre la marcha dos puntos: primero, el regreso de los heridos y de los sabios agregados á la expedición, para quienes pedía Desaix salvoconducto; y segundo, una suspensión de hostilidades, pues que el ejército del gran visir, aunque marchaba lentamente,